



# Trump no quiere ver la Tierra



Por  
**Ángela Posada-Swofford**  
[angela@angelaposadaswofford.com](mailto:angela@angelaposadaswofford.com)

**P**asé todo el mes de enero en la Antártida, acompañando al doctor Eduardo Santamaría, de la Universidad Autónoma de Baja California, en una expedición que describo en un artículo de esta revista unas páginas más adelante. La misión del científico mexicano fue recolectar y estudiar las propiedades del plancton vegetal antártico. La idea, con esta información recogida *in situ*, es aportar datos para calibrar los sensores de los satélites que observan los mares en busca de concentraciones de clorofila. Esto, a su vez, es clave para entender la salud del mar, su productividad, su impacto en el ecosistema y su efecto en nuestras pesquerías.

Naturalmente, en vista de lo que el presidente estadounidense está queriendo hacer, la ironía del momento es exquisita. Mejor dicho, es del tamaño de una ballena azul. Ahí estábamos con el doctor

Santamaría, tratando de hacer algo para mejorar la efectividad de los ojos de los satélites que velan por nosotros desde el espacio. Exactamente al mismo tiempo, del otro lado del planeta y como poseído por el demonio, Mr. Donald Trump comenzaba el proceso de dismantelar la infraestructura satelital de observación de la Tierra.

Este hombre de negocios convertido en político por arte de magia, mal aconsejado y con cero conocimiento de ciencia, quiere quitarle millones de dólares a la Oficina Nacional de Administración Oceánica y Atmosférica, NOAA. Específicamente, quiere acabar con la flota de satélites de la NASA que observan la Tierra para que los expertos de la NOAA puedan entender mejor el clima y el estado del tiempo (que son dos cosas diferentes, pero que a él no le conviene entender).

Los recortes van a ser devastadores de varias maneras, para el país y para el mundo. Todos los avances importantes a la hora de mejorar los pronósticos del clima y de El Niño provienen de investigaciones que tienen que ver con la interacción entre la atmósfera y la superficie del mar. Los datos satelitales son una parte vital de esto.

Pero los únicos satélites que le interesan a Mr. Trump son los que observan hacia el espacio profundo, en dirección contraria a la Tierra, porque éstos no pueden hacer lo que su campaña llama "monitoreo ambiental políticamente correcto" –y que yo interpreto más bien como "ojos que no ven, corazón que no siente"–. Y claro, como la variabilidad climática es invento de los chinos, pues al diablo con los satélites, no importa si esos mismos aparatos también son críticos para los pronósticos agrícolas, la planeación de desastres, la predicción del clima, del aumento del nivel del mar, y de fenómenos extremos como huracanes, tsunamis y tornados.

Entonces, no sólo van a quedar desprotegidos los países que usan la información de la NOAA, que son casi todos, sino que Estados Unidos va a seguir yendo para abajo en su declinar científico. Porque la nueva administración podrá ser científicamente retrógrada, pero el resto del mundo, y la industria privada, no. Y ellos van a recoger los frutos de ese antagonismo a la ciencia que estamos viendo.

Es más, ya empezaron. La Agencia Espacial Europea (ESA) le está metiendo todo el billete a su programa Copernicus, que ellos describen como "el más ambicioso programa de observación de la Tierra hasta la fecha". La Unión Europea y la ESA se comprometieron a inyectarle al programa 9,000 millones de euros hasta el 2020. Y ojalá que la industria de los reaseguros decida que ahí hay negocio, y entren a jugar.

Básicamente todo lo que sabemos acerca de la atmósfera y los océanos terrestres proviene de décadas de investigaciones científicas costeadas por el gobierno. Incluso uno o dos años de recortes a la capacidad de desarrollar nuevas destrezas pueden ocasionar una erosión a largo plazo en el conocimiento científico, los contratos con la industria y las habilidades técnicas.

Es un descenso al oscurantismo. Y uno teme que es sólo el principio. Da rabia y da susto esta sensación de estar regresando a los tiempos medievales, cuando se perseguía a los científicos como si fueran herejes. Siento un temblor y me arrebujé en mi gruesa chamarra polar. Y no es por el frío antártico. **M**